

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: *“No se turbe vuestro corazón”*
(11 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Juan 14:1; 16:33; Salmo 142:3a

Entre el miedo y el consuelo

Cada uno de nosotros conoce el sentimiento de miedo: miedo en la incertidumbre y la preocupación, miedo a la noche, miedo a las personas, miedo a los exámenes, miedo a la enfermedad, miedo al envejecimiento, miedo al desastre. La lista podría seguir y seguir. Es un hecho, que el miedo tiene su lugar en este mundo y llega a todos. Esta situación estresante se hace aún más difícil por el hecho de que, el miedo nos quita la paz y nos roba el gozo. Puede paralizarnos y hacernos incapaces de ser testigos de Jesús. En un mundo de miedo necesitamos ayuda, y encontrar un camino para salir del miedo. Necesitamos a Jesús.

Por eso Jesús nos exhorta a creer en Dios y en Él, el Hijo de Dios. Él ve el miedo no como una bagatela, con la que uno puede lidiar por el razonamiento y la autodisciplina. Nuestro Señor dice: “en el mundo tendréis aflicción; pero *confiad*, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33b; comp. Sal. 71:20). La confianza y el consuelo están muy conectados. “El ‘consuelo’ es una fuerza que reafirma y fortalece al consolado. Recibo consuelo de aquel en quien puedo confiar, que me es fiel. Él me saca de mi ‘desolación’ y me hace ‘confiar’ de nuevo ¿Quién más sino Dios podría?” (F. Melzer).

“Confiad” – esto significa estar en paz, no en inquietud y desgarramiento interior (Jn. 14:27). “Confiad” – esto significa experimentar gozo que pone en movimiento la fe (Jn. 17:13,15,18). “Confiad” – esto significa estar de buen ánimo, libre para alabar a Dios (Stg. 5:13). El Señor nos quiere ayudar para hacerlo. “Así que también te arranca de la boca del temor a un amplio espacio donde no hay más aflicción” (Job 36:16a trad. libre).



Día 2

Juan 16:33; 1.Juan 5:4,5

Jesús ha vencido al mundo

Ayer hablamos del hecho de que hay motivos para temer en este mundo. Pero, ¿por qué este maravilloso mundo creado por Dios también está lleno de temor y angustia? Porque el pecado ha convertido el bien en lo opuesto, llevando dentro de sí el veneno de la muerte (Ro. 5:12). Porque el adversario lucha contra Dios y sus siervos (Ef. 6:11,12). Así que no solo necesitamos “algo de consuelo”; tampoco queremos ser “postergados” para un futuro mejor. En medio del temor, necesitamos una fuerza mayor que la causa del miedo. Jesús ha puesto una barrera a la raíz del mal. Él puede decir: “Yo he vencido al mundo”.

Jesús ha vencido el pecado, la muerte y al diablo cuando murió en la cruz por nosotros (Jn. 19:30). El intérprete Walter Lüthi lo resume así: “Dios vence al mundo dejándolo conquistar hasta la muerte”. Cristo no murió en la cruz porque el diablo pudo prevalecer victoriosamente. Él entregó su vida voluntariamente, para pagar toda la deuda pendiente a Dios. Su resurrección es la confirmación de que el Padre aceptó su sacrificio. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1.Co. 15:22; lea 1.Co. 15:55-57; 2.Co. 2:14).

Quien cree en Jesús, está del lado del vencedor y victorioso. Es por eso que Pablo puede escribir: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? ... Antes, en todas estas cosas *somos más que vencedores* por medio de aquel que nos amó” (Ro. 8:34,35,37).



Día 3

Mateo 12:9-16; Salmo 118:1-3

Jesús entiende nuestro miedo

Cuando el vencedor del mundo nos da valor, no lo hace desde una distancia superior. El Hijo de Dios también conocía situaciones de peligro y de temor. Mateo relata de la curación de un hombre el día de reposo. La reacción de los fariseos era despiadada. Ellos discutieron la mejor manera de matar a Jesús. Repetidas veces Jesús fue expuesto a esta hostilidad y amenaza (comp. Jn. 5:16-18). Incluso su amigo Lázaro estaba en peligro de ser asesinado por causa de Él (Jn. 12:10,11). Son experiencias que no pueden dejar intacto a nadie, ni siquiera al Hijo del Hombre. Él "debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso ... Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (He. 2:17a,18).

Cuando Jesús leyó del rollo de Isaías en la sinagoga de Nazaret y se aplicó el contenido de las Escrituras a sí mismo, todos los que estaban presentes en la sinagoga se llenaron de ira (lea Lc. 4:16-29). Jesús estaba entre los hombres de su pueblo a los que el Padre quería ganar para sí mismo. Por amor a ellos Él había dejado el cielo y se había hecho hombre. Pero a su alrededor no veía ni gozo ni asombro ni gratitud, sino incomprensión, hostilidad y odio. En los rostros de todos se podía leer lo único: ¡abajo con este, fuera con este! (Comp. Lc. 19:14; 23:13-21; Jn. 1:11.)

Su plan se convirtió en un acto violento: "y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle". Antes de que este ataque pudiera concretarse, Dios puso fin a la violencia. Para Jesús, el tiempo de su muerte aún no había llegado. "Mas él pasó por en medio de ellos y se fue" (Lc. 4:30; lea Lc. 12:6,7).



Día 4

Lucas 12:50; Mateo 27:46-50

Jesús en "el mar de la angustia"

"Cruzarán el mar de la angustia, pero yo heriré sus olas, y las profundidades del Nilo se secarán" (Zac. 10:11a, NVI). El profeta Zacarías utiliza una imagen que toma de la historia de Israel (comp. Éx. 14:21,22; Sal. 107:28-32). Jesús llegó a conocer este "mar de la angustia". En la gloria en la que vivía junto a su Padre, antes de que el mundo existiera, no había sufrimiento (Jn. 17:5). Pero cuando dejó la gloria del Padre, por amor a nosotros, entró en nuestro mundo que podemos llamar "mar de angustia".

En el Antiguo Testamento, la magnitud de la aflicción y la angustia a menudo se expresan con la palabra "profundidad". David ora: "Sácame del lodo, y no sea yo sumergido; ... no me anegue la corriente de las aguas, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mi su boca" (Sal. 69:14a,15; comp. Sal. 130:1). El temor de ser abandonado por Dios es el más profundo y terrible de todos los temores. Jesús se expuso a este "mar de angustia" porque nos ama. Isaías escribe proféticamente de Cristo: "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, ... Por cárcel y por juicio fue quitado; ... Porque fue cortado de la tierra de los vivientes" (Is. 53:7,8).

Jesús pasó el mar de la angustia por nosotros e "hirió sus olas" por su obediencia hasta la muerte de cruz. Este Señor nos alienta: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí" (Jn. 14:1). Él también puede calmar las olas que actualmente amenazan estrellarse sobre nosotros. Las palabras del Resucitado son para nosotros hoy: "¡Paz a vosotros!" (Lc. 24:36b).



Día 5

Salmo 116:1-4; Jonás 2:2,3

Pasos para salir del miedo

En los últimos días recordamos lo que Jesús ha hecho para que podamos tener confianza. ¿Qué podemos hacer nosotros mismos para evitar quedar atrapados en el miedo? La palabra de Dios usa el ejemplo de personas que han sido confrontadas con situaciones de miedo, para mostrar algunos pasos.

1. Invocar a Dios

La Biblia no habla sólo de "llamar", sino de "clamar". Jonás oraba: "En mi angustia clamé al Señor, desde las entrañas del sepulcro pedí auxilio" (Jon. 2:2), y de David leemos: "¡Oye, oh Dios, mi clamor; a mi oración atiende!" (Sal. 61:1). Nuestro llamar se convierte en clamar, cuando el miedo es demasiado grande, cuando no se ve ninguna salida, cuando el dolor ya no es soportable. Y Dios escucha el clamor. "Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque estoy en angustia; ... Decía yo en mi premura: cortado soy de delante de tus ojos; pero tú oíste la voz de mis ruegos cuando a ti clamaba" (Sal. 31:9a,22; comp. Sal. 118:5). Dios espera que lo invoquemos en nuestra impotencia y angustia.

Martín Lutero escribe refiriéndose al Salmo 118:5: "Debes aprender a llamar (¿lo has oído?) ... Él lo desea, lo quiere, que le presentes tu angustia, no dejarla sobre ti, tratando de sobrellevarla, atormentándote. Con esto conviertes una desgracia en dos, incluso diez y cien. Él quiere que seas demasiado débil para soportar y vencer tales angustias, para que aprendas llegar a ser fuerte en Él y Él pueda ser alabado en ti por Su poder. Mira, de ahí se forman personas que se llaman creyentes; y sin eso solo hay charlatanes, que hablan mucho de 'fe' y 'Espíritu', pero no saben lo que es eso o lo que ellos mismos hablan".



Día 6

Salmo 32:1-7

2. Pedir purificación a Dios

Nos aliviarnos de la presión y del miedo, cuando confesamos nuestro pecado al Señor. La oración de David muestra que el pecado puede desencadenar temores, incluso puede enfermar a las personas tanto en la mente, el alma y el cuerpo. El pecado nos separa de Dios y en última consecuencia significa la muerte eterna (Ro. 6:23). Habiendo encontrado el valor para revelar su culpa ante Dios, David no pudo guardar la felicidad de su nueva libertad y gozo para sí mismo: "Dije: confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado" (Sal. 32:5b).

Hay también conexiones culpables, que primero deben ser descubiertas por Dios. Cuando el pueblo de Israel sufrió grandes pérdidas en la batalla por la ciudad de Hai, el miedo y el terror se extendieron. Josué se inclinó ante Dios y derramó su queja delante de Él. La respuesta de Dios sacó a luz la causa: "Israel ha pecado" (Jos. 7:5-12). El descubrimiento del hecho secreto y prohibido fue el paso decisivo hacia la victoria. Hay una profunda seriedad sobre lo ocurrido, porque tenemos que darnos cuenta que el pecado de un solo hombre costó vidas humanas y dañó la reputación del pueblo de Dios.

Dios nos llama al arrepentimiento, para que nos pueda purificar de toda nuestra culpa (comp. Is. 44:22; Mi. 7:18,19). Incluso podemos pedirle perdón por aquel pecado, del que no somos conscientes (Sal. 19:12). Somos bienvenidos ante Él con nuestros fracasos y nuestra culpa. Bajo la cruz de nuestro Señor Jesucristo escuchamos las palabras consoladoras y liberadoras: ¡tus pecados te son perdonados! Cada día podemos deshacernos del temor de que Dios no es bueno para nosotros. ¡Aceptemos su grandioso ofrecimiento! (Lea 1.Jn. 1:9.)



Día 7

Salmo 25:1-12

3. Mirar a Dios

El miedo paraliza y hace mirar el peligro una y otra vez, de modo que la desesperación y la confusión aumentan. El Salmo 25 nos muestra la importante alternativa, que fue la ayuda para David. En medio del temor testimonia: "mis ojos están siempre hacia Jehová" (v.15a). La mirada a Dios libera y permite puntos concretos de contacto para hablar con Dios. Notemos lo que David menciona en el Salmo 25 y complementemos sus declaraciones acerca de Dios con declaraciones del Nuevo Testamento acerca de Jesús. Al hacerlo seguimos el texto que nos guía en este tema: "No se turbe vuestro corazón; creés en Dios, creed también en mí" (Jn. 14:1).

- Ninguno de los que esperan en Dios, será avergonzado o será aniquilado (v.3; comp. 1.P. 2:4-6).

- Dios es el Dios poderoso que ayuda y salva (v.5b; comp. Mt. 1:21).
- Dios es un Dios de bondad, gracia y misericordia (v.6; comp. 2.Co. 8:9).
- Dios es bueno y justo (v.8a; comp. 1.Jn.2:1).
- Él enseña su camino a los humildes (v.9; Mt. 22:16).
- Él guía a sus hijos en gracia y fidelidad (v.10; comp. Ap. 7:17).
- Él ofrece su amistad a los que le temen (v.14; comp. Jn. 15:14).

Incluso esta pequeña lista contiene verdades que ponen nuestras vidas y circunstancias bajo una luz completamente nueva. Nos dan esperanza, consuelo y confianza. Vemos que no estamos solos en el temor. El Señor está allí, guiándonos y ayudándonos en su fidelidad eterna. No permitamos que se nos quite esta visión y sigamos el buen consejo: "... corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe" (He. 12:1b,2a).



Día 8

Salmo 4:1-3,8

4. Aceptar la guía de Dios

En muchos casos no entendemos por qué las circunstancias se desarrollan así y no de otra manera. Buscamos en vano una respuesta de por qué Dios permite el temor y la angustia en nosotros o en otros. La oración vespertina de David expresa que, independientemente de nuestra incapacidad para comprender los pensamientos de Dios en un mundo de sufrimiento, su guía es buena. “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8,9; comp. Ro. 8:28).

Consentir en la voluntad de Dios desata nuevas fuerzas. Esto también significa de que yo me acepte a mí mismo, decir sí al tiempo en el que vivo, a la edad en la que estoy en este momento, a las circunstancias con las que tengo que lidiar. “No tengo que huir de mi vida. No debo intentar la huida hacia atrás o hacia adelante. Puedo decir sí a mi hoy” (K. Heimbucher).

*“Como Dios me guía, así guardo silencio y sigo su guía,
aunque en mí mi propia voluntad muchas veces está en contra.*

*Como Dios me guía estoy dispuesto aceptarlo ahora y en la eternidad
para honrar siempre su consejo.*

Como Dios me guía, así me entrego a su voluntad paterna.

*Aunque parezca extraño a la razón, su consejo cumplirá,
lo que él consideraba en amor antes de traerme a la luz;
no soy mío”.**

Esto también es el pensamiento del salmista del Salmo 119: “Tuyo soy yo, ¡sálvame!” y él permanece en su determinación de seguir las instrucciones de Dios (lea Sal. 119:93-95; comp. Sal. 86:1,2,11).

*Lambert Gedicke (1683-1736), profesor en el orfanato de August Hermann Francke en Halle, predicador de campo y preboste en Berlín.



Día 9

Génesis 15:1-6; Salmo 42:7-11

5. Tomar lo que Dios dijo

Es un paso decisivo para salir del temor si nos aferramos a las promesas de Dios. Abraham estaba en un estado de profundo desaliento y temor por el futuro mientras derramaba su corazón delante de Dios: “Mira que no me has dado prole, y he aquí que será mi heredero un esclavo nacido en mi casa”. Le faltaba la fuerza para contar con la promesa de Dios por más tiempo frente a la abrumadora realidad. Pero Dios confirmó su promesa con señalarle al innumerable mundo de las estrellas: “así será tu descendencia”. Abraham respondió a esta promesa con renovado valor de fe.

El autor del Salmo 42 tenía la impresión de ser olvidado por Dios. Sin embargo, no se quedó con este sentimiento, sino que se animó a sí mismo: “espera en Dios” (Sal. 42:11; comp. Sal. 27:14; 130:5). En las promesas de Dios se puede confiar, Él cumple lo que promete (lea Sal. 33:4). Cuando Israel, bajo el liderazgo de Josué, había conquistado la tierra prometida, declararon agradecidos: “No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió” (Jos. 21:45; comp. Is. 34:16).

Cuando se le preguntó al conocido misionero de la China Hudson Taylor, cómo podía tratar con la Biblia de manera tan sencilla, contestó: “Cuando usted quiere mañana regresar con el tren a su casa, busca en la guía oficial de ferrocarriles el tren correcto. Usted no empieza a interrogar por los autores y fuentes del libro y si se puede confiar en su información. Usted va a la estación del tren, encuentra el tren indicado y se dirige a su casa. Así lo hago con la Biblia. Tomo en serio sus instrucciones y promesas y me doy cuenta: así voy bien, así llego a la meta”.



Día 10

2. Corintios 1:8-10

6. Renovar la confianza en Dios

Quien alimenta la duda trae muchos temores. En el tiempo de la jornada por el desierto, los israelitas dudaban en la bondad y fidelidad de Dios. "Murmuraron contra Dios, y aun dijeron: '¿podrá Dios tendernos una mesa en el desierto? Cuando golpeó la roca, el agua brotó en torrentes; pero ¿podrá también darnos de comer?, ¿podrá proveerle carne a su pueblo?' Cuando el Señor oyó esto, se puso muy furioso" (Sal. 78:19-21a, NVI). Con su incredulidad, el pueblo se dañó a sí mismo y finalmente perdió valioso tiempo de vida (lea Nm. 14:21-14).

La confianza es un paso para salir del miedo. Al mismo tiempo, somos conscientes de que no podemos simplemente llamar a la confianza como una máquina expendedora. En la experiencia de Pablo vemos que incluso el creyente maduro no puede recurrir a reservas de fe o métodos en una emergencia. El apóstol escribe: "perdimos la esperanza de conservar la vida". Tan profundamente puede ser tentado un aprobado seguidor. Aquí Pablo sólo insinúa su exceso de sufrimiento. No le importa el interés en los detalles dramáticos de sus aventuras misioneras. Lo esencial reside sobre el sentido de los sucesos. Él y sus colaboradores no se encontraron en una situación desesperada sólo por el poder y la arbitrariedad del enemigo. Dios quería "que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (2.Co. 1:9b). El propósito de Dios es hacer de nosotros hombres de fe, que se aferren a Él y cuenten con sus posibilidades.

Quizás hoy sea el momento adecuado para quitar la vista de lo que nos hace dudar, y reafirmar nuestra confianza en Dios. Podemos orar como David: "Te amo mucho, oh Señor, mi fuerza. Señor mi roca, mi fortaleza, mi Salvador; mi Dios, mi refugio, en quien confío" (Sal. 18:1,2a, trad. libre; comp. Sal. 52:9; Mr. 9:24b).



Día 11

Daniel 6:3-10

7. Alabar y agradecer a Dios

En el temor no tenemos ganas de alabar a Dios. La palabra de Dios dice: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1.Ts. 5:18; comp. Ef. 5:20). El agradecimiento y la alabanza abren puertas. Ellos fortalecen nuestra relación con Dios e influyen sobre nuestras circunstancias. En su exilio babilónico, Daniel había practicado en los altibajos de su difícil ministerio alabar y agradecer a Dios en cada circunstancia, ¡tres veces al día! Incluso cuando esta práctica se convirtió en un peligro para él, no la abandonó. Para él, las palabras de Asaf se cumplieron: “El que sacrifica alabanza me honrará; y al que ordenare su camino, le mostraré la salvación de Dios” (Sal. 50:23).

Cuando el rey Josafat se enteró de que los amonitas y moabitas iban a salir a luchar contra Judá, tuvo miedo. Dios lo animó a contar con su ayuda. Entonces Josafat arregló que un coro se adelantara a los soldados, cantando alabanzas: “y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, el Señor puso contra ellos las emboscadas de ellos mismos” (2.Cr. 20:20-22 trad. libre).

En los Hechos de los apóstoles leemos de Pablo y Silas que en la cárcel oraron y alabaron a Dios a medianoche. Un terremoto causó su liberación. Incluso el carcelero llegó a creer en Jesús (Hch. 16:23-34). Dios merece nuestra “alabanza anticipada”.

“Si aprendiéramos a vivir agradecidos, podría ser como una liberación para nosotros. En lugar del miedo, el gozo podría convertirse en el poder decisivo de nuestras vidas. ... La gratitud abre la mirada hacia la fidelidad y bondad de Dios. Al comenzar a agradecer en la oscuridad de mi camino, mis ojos y mis pensamientos se alejan de mí, dirigiéndose hacia el Dios que me ha prometido que no me abandonará como su hijo, ni se apartará de mí” (K. Heimbucher).


